

OBRAS COMPLETAS DE VÍCTOR HUGO

TODA LA LIRA
(PÓSTUMA)

VÍCTOR HUGO

TODA LA LIRA

EL AMOR
LA FANTASÍA — LA CUERDA DE BRONCE



EDICIÓN ILUSTRADA CON LÁMINAS EN NEGRO

—*—
TOMO SEGUNDO
—*—

BARCELONA
F. SEIX - EDITOR

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

EL AMOR
LA FANTASÍA — LA CUERDA DE BRONCE

VI

EL AMOR

Cuando mi mano se estremece si roza con la tuya;
cuando me ves palidecer, mujer de los cabellos dorados,
como el primer día, como la primera hora, sólo
con tocar tu ropa y sus adorados pliegues;

cuando ves que no encuentro palabras con que
explicarte en qué consiste aquello de que llenas mi
pecho tumultuoso; cuando al mirarme sientes que tu
sonrisa me embriaga por grados y hace brillar mis
ojos;

cuando mi voz, bajo el fuego de tu dulce pupila,
tiembla en mi boca conmovida é impotente para ha-
blar, como un temeroso pájaro de pronto cogido por
el ala, que se estremece atolondrado sin poder echar
á volar;

¡oh bello ser creado para mejores esferas! di, des-
pués de tantos duelos, desesperaciones, fastidios, y
tantas amargas penas, y tantas tristes horas, que con
frecuencia hacen tus días más lúgubres que noches;

¡oh! dí, ¿no sientes alzarse en tu alma el amor verdadero, el amor puro, adorable fulgor, el amor, antorcha del hombre, estrella de la mujer, misterioso sol del mundo interno?

¿No sientes, dí, pasar por tus párpados el soplo de la mañana, vencedor de las tinieblas? ¿no oyes unas voces diciéndote bajo: —Espera! no oyes un canto en la sombra de tu corazón?

¡Oh, recoge ese canto, alma herida y altiva! Esa alba que se alza en tí es la luz verdadera. ¡No temas ya nada! ¡Dios hizo tus ojos para la luz, tu alma para el cielo y tu corazón para el amor!

¡Mira radiar en tu destino menos sombrío ese sol del amor que por siempre brilla, que, aun después de la muerte, luce fuera de la sombra, que no tiene puesta y para el cual no habrá noche!

II

¡Oh, si existís, mi ángel, genio mío, que me llenáis el corazón de armonía y de amor, espíritu que me inspiráis, puro silfo que en sueños oigo á menudo hablarme al oído, y con vuestras alas de oro, cerrada la noche, volar por la alcoba que embalsama un olor á rosas hacia ese ser encantador al cual sirvo de rodillas, y que, puesto que es mujer, es más ángel que vos! Decidle, buen genio, con vuestra dulce voz, á ese ser tan querido, que á veces me rechaza, que mientras la multitud fija en él la mirada, y su sonrisa conmueve al teatro deslumbrado, y todos los corazones son una orquesta confusa que á sus piés suspira; mien-

tras, por instantes transportado, el pueblo se levanta y ríe ante su belleza, hay en alguna parte un alma extraviada, embriagada, que, para mejor recoger su adorada imagen, se oculta en la noche como en un sudario, ¡y que, admirado por todos, es amado por uno solo!

10 marzo 1833.

III

Ya lo ves, ángel mío, es necesario aceptar nuestros dolores. El amor es como el rocío, que brilla con mil fuegos y mil colores en la sombra en que el alba lo ha depositado. Nada es más radiante bajo el alto firmamento. No acerquéis vuestros ojos, que tanto esplendor encanta, á esa gota de agua que brilló un momento. De lejos, era un diamante; de cerca, no es más que una lágrima.

Suframos, pues es preciso. ¡Amemos y alabemos á Dios! El amor es casi toda el alma. El Señor gusta de ver arder bajo el cielo azul dos corazones mezclando su doble llama. Fija sobre todos nosotros su ojo tranquilo y clemente; pero, entre esos vivos que ve siempre caminar, luchar, correr, cosechar lo que siembran, Dios mira más dulcemente á los que lloran porque aman.

1.º enero 1835.

IV

Me habéis probado, Señor, por medio de todas las pruebas. He sufrido mucho. Me asemejo á las viudas que trabajan de noche y piensan tristemente; no hice daño y fuí castigado; mi tarea es difícil y amarga mi vida; las cosas que hago son como una quimera; después de la dura faena y de la estación dura, he visto á mis enemigos pisotear mis mieses; la mentira y el odio y la injuria, con alegría, han triturado con sus dientes mi nombre como una presa. ¡He meditado tanto! La duda ha fatigado mi razón; los ardientes celos, acre y fatal veneno, en mi corazón profundo que arde y se desgarran, mataron la confianza y la sonrisa alegre; pálido y buscando con la vista tu horizonte, ví salir de mi casa féretros adorados, lloré como hijo y como padre, y con frecuencia me hace temblar lo que hace esperar á otro.

Mas no me quejo, y caigo de rodillas, y os doy las gracias, ¡oh Señor dulce y amargo! porque, Dios bueno, Dios de las almas sinceras, pusisteis todos los dolores y todas las miserias sobre mí, sobre mi corazón sombrío, oprimido entre vuestras manos, ¡excepto la de amar sin ser amado!

23 junio 1843.

V

¿Sabes lo que Dios dice al niño que va á nacer? Cuando aquella humilde mirada se entreabre á nues-

tra luz, le dice: — ¡Ve á sufrir, ve á pensar, ve á saber; alma, pierde la inocencia y trae el amor!

Si, ahí está el secreto; sí, ese es el misterio. Hágase lo que se haga, nada hay que no sea censurable; se cae á cada paso que se da en esta tierra; todo está lleno de error; pero basta amar.

¡El amor es, paloma, lo que debes traer! Después de ese viaje duro, obscuro, largo, azaroso, el cielo, de donde venimos, puede volver á abrirnos sus puertas: se salió solo, se ha de entrar por parejas.

19 julio 1850.

VI

Cierto que no era en vano mujer y encantadora. Mas lo terrestre tenía en ella un aire divino. Llamas temblaban en mis labios atrevidos, ella aceptaba el amor y todos sus incendios, soñaba con el tuteamiento, arriesgábase paso á paso, no se negaba y no se entregaba; su tierna obediencia era altiva y serena; sabía hacerse esclava y permanecer reina, ¡suprema gracia! ¡y qué más inesperado que haberlo dado todo sin haber perdido nada! Hallábase desnuda con sublime abandono, y, echada en la cama, parecía tendida sobre una cima. Conforme en ella entraba el amor vencedor, hubiérase dicho que el cielo iba brotando de su corazón; os acariciaba con luz; la desnudez de los pies hace el andar más altivo en aquellos seres formados con ideal belleza; de la sombra corría hacia su frente una claridad semejante á la nocturna aureola de los polos; al través de los besos, de sus blancas es-

paldas se hubiera creído ver salir lentamente dos alas; su mirada era azul, de un azul de firmamento, y consistía la grandeza de aquella mujer extraña en que, cesando de ser virgen, tornábase ángel.

VII

NOVELA EN TRES SONETOS

I

¡Hija de mi portero! El sonoro Erimanto (1) ante vos sentiría estremecerse sus pinos verdes; el Oreb, cuya cima pasma al universo, inclinaría su altivo cedro que un pueblo adora;

Los doctores judíos, abandonando los talmudes entreabiertos, reflexionarían; y los griegos, en el templo de Aglaura, á lo largo del cual Platón camina leyendo versos, dirían al veros: —¡Salud, diosa Aurora!

Así palparían los griegos y los hebreos cuando pasáis, con los ojos bajos, bajo vuestro manto; así se estremecerían en el Oreb tenebroso los cedros, y los pinos en el augusto Erimanto; no os oculto que sois encantadora, no os oculto que estoy enamorado.

II

No os oculto que estoy enamorado, no os oculto

(1) *Erimanto*, en griego *chelma*, su nombre moderno es *Olonos*, montaña de Grecia, en el Peloponeso, entre la Acaya y la Arcadia. Según la mitología, estaba habitada por un jabalí monstruoso, que fue cogido vivo por Hércules. —(N. del T.).

que sois encantadora; sea: mas ya comprenderéis que lo que me atormenta es, teniendo el corazón lleno, tener el bolsillo vacío.

Se huye del pobre como se huía del leproso; para Tirso sin un céntimo, Filis es poco clemente, y el amante sin oro no deslumbra á la amada; es necesario ser Rothschild antes de ser Saint-Preux.

No importa, me obstino; y tengo la extraña audacia de ser pobre y amar, y os quiero, ángel hermoso, porque el ángel no está completo sino cuando lo es, ya caído;

y ofrézcoos, Egle, chalequera admirada, todo lo que un alma ¡ay! vuelta hacia el infinito une de poético á las redondeces de una pañoleta,

9 diciembre.

III

Me hablaba una estrella del cielo; esta virgen me decía:

—¡Oh descendiente enlodado de los Colletets! (1) me he reído de tus sonetos de ayer, en los que te elevabas hasta la rubia Egle, hija de tu conserje.

Egle sueña, podría contarte algo de ello, pero me callo. Sueña con terciopelos bajo cortinas de sarga. Pierdes el tiempo. Enflaquece, haz versos, gasta una vela, cántala; será como si cantarás.

(1) Guillermo Colletet, poeta malo del siglo xvii, satirizado por Boileau.